

CUENTOS DE SOLDADOS  
Y CIVILES

AMBROSE BIERCE

CUENTOS  
DE SOLDADOS  
Y CIVILES



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Tales of Soldiers and Civilians*

Traducción y prólogo: Jorge Ruffinelli

Diseño de la cubierta: Edhasa

Diseño de la colección: Jordi Salvany

Primera edición en pocket Edhasa: junio de 1992

Segunda edición revisada: abril de 2023

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 202

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-1558-5

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 6775-2023

Impreso en España

## ÍNDICE

Prólogo . . . . .	9
-------------------	---

### SOLDADOS

Un jinete en el cielo . . . . .	25
Un suceso en el puente sobre el río Owl . . . . .	37
Chickamauga . . . . .	53
Un hijo de los dioses: estudio en tiempo presente . . . . .	65
Uno de los desaparecidos. . . . .	77
Muerto en resaca . . . . .	97
El caso de la zanja de Coulter. . . . .	109
Un golpe de gracia. . . . .	125
Parker Adderson, filósofo . . . . .	135
Un asunto de avanzadas . . . . .	147
Historia de una conciencia . . . . .	165
Una clase de oficial . . . . .	177
Un oficial, un hombre . . . . .	195
George Thurston: tres incidentes en la vida de un hombre . . . . .	205

El sinsonte. . . . .	213
----------------------	-----

## CIVILES

El hombre que sale de la nariz . . . . .	225
Una aventura en Brownville . . . . .	239
El famoso legado de Gilson. . . . .	257
El suplicante . . . . .	271
El acompañante del muerto . . . . .	279
El hombre y la serpiente . . . . .	297
Un horror . . . . .	309
Las circunstancias apropiadas . . . . .	333
La ventana sellada . . . . .	347
Una dama de Redhorse . . . . .	355
Los ojos de la pantera . . . . .	365

## PRÓLOGO

Después de la muerte de Ambrose Bierce y del misterio que dejó tras de sí esa desaparición, la fortuna literaria del escritor norteamericano tuvo las variantes de una sinfonía. Negada por las historias de la literatura, conocida apenas por una élite, durante varias décadas la obra birceana debió competir con el avasallante (y a menudo estólido) realismo americano. En estos últimos años, sin embargo, su tendencia a lo grotesco, al humor sombrío, y su macabra visión de la vida, lícitamente se acercan a las orillas de esa *shadewed stream of pessimism*, que al fin se reconoce como una tradición subterránea donde abrevan Mencken (voluntarioso y brillante discípulo), y luego escritores como William Faulkner, Carson McCullers, Flannery O'Connor o Ring Lardner. Las trágicas vicisitudes del siglo xx hicieron emerger estas visiones escondidas.

Bierce fue un periodista ácido y amargo –sus amigos y enemigos lo llamaban *Bitter Bierce*– y un notable cuentista del horror. Pero de toda su obra se destacan fundamentalmente aquellos relatos urdidos en

torno de la guerra civil norteamericana, donde el horror metafísico típico de un Poe encontraba una carnadura real, un sustento de veracidad cotidiana. Los últimos días de aquel conflicto no habían sido, en puridad, el «verdadero fin de la guerra; al contrario, entonces comenzó la leyenda romántica que daría origen, en algunos escritores, a una épica desprovista de otra emoción que la del *pathos* folletinesco, al tiempo que sobrevivía en la tradición oral el relato de los veteranos. De esa vertiente doble se nutrió, por ejemplo, *The Red Badge of Courage*, pues, sin haber presenciado una sola escaramuza, una sola batalla, un solo enfrentamiento, Stephen Crane escribió un relato absolutamente verídico, alimentándolo de esos recuerdos ajenos aún no desgastados por el paso del tiempo.

En una zona diferente se encontraba Ambrose Bierce, cuyos *Cuentos de soldados y civiles* (1891), aparecidos cuatro años antes que la novela de Crane, habían intentado expresar el horror como la experiencia esencial de la guerra. Bierce sí había intervenido en la contienda; era él también un veterano y poseía su propio caudal de experiencia y recuerdos sobre los cuales basar sus cuentos. Su vida se dividió, desde allí, entre esos años militares y su posterior dedicación al periodismo. Pero permaneció indeleble la experiencia vivida que debía comunicarse a su obra y que, finalmente, como un retorno de los orígenes, como la respuesta a una poderosa llamada, fue tal vez la que lo llevó a

desaparecer, muchos años más tarde, en la turbonada de la Revolución Mexicana.

Muy poco se sabe con certeza sobre la infancia de Bierce: es un umbral lleno de sombras, aunque los críticos se hayan apresurado a proyectar en él la truculencia de sus cuentos «parricidas», o a deducir del *leitmotif* que en su obra es la muerte de los seres queridos, la seguridad de que esa infancia fuera triste y atroz.

El medio puritano en que viviría empezó a existir para él un 24 de junio de 1842, en Ohio, adonde su padre había llegado mucho tiempo antes junto con el hermano Lucius Verus Bierce. Ambrose fue el décimo hijo en una familia que llegó a los trece y que cometió la imperdonable excentricidad de comenzar todos sus nombres con la primera letra del alfabeto. En ese hogar, la cultura que Bierce pudo adquirir, y que al parecer agotó entonces, se la proporcionaban la rudimentaria escuela local y los rudimentarios libros de la *mejor* biblioteca de la región —la de su padre—, aunque tal título, en aquellos tiempos y lugares, soliera conquistarse con escasas decenas de volúmenes.

El tío Lucius recorrió un camino diferente al de su hermano: en vez de casarse y empuñar el arado, siguió estudios de abogacía hasta acceder a la alcaldía de Akron y llegar a ser una personalidad de relieve. A los quince años Ambrose Bierce dejó su casa para vivir en Warsaw como aprendiz de impresor, y fue su tío Lucius, tal vez en consecuencia de una acusación



de robo que recayó sobre el muchacho, quien preparó su ingreso en la Kentucky Military School, preámbulo y entrenamiento para la experiencia más dura y perdurable de su vida.

★ ★ ★

Cuando la guerra estalló en 1861, Bierce fue de los primeros en alistarse en el 9.º Regimiento de Infantería de Indiana. Tenía diecinueve años. Varias veces abandonó las líneas y tantas otras volvió a ellas. Combatió en sucesivas batallas hasta recibir, en Kensaw Mountain, una severa herida en la cabeza (a cuyos efectos, años después, su hermano Albert reduciría ingenuamente todas sus excentricidades). De esos años conservó una tenaz admiración por el general W. B. Hazen, «mi comandante y amigo, mi maestro en el arte de la guerra», quien todavía debe sobrevivir en algunos de sus personajes. Y también de esos años conservó recuerdos donde se mezclan siempre la admiración y el sarcasmo: «Cruzando el Tennessee en uno de los vapores de su regimiento, Bierce conoció a una mujer de quien nunca se olvidaría: “Era una criatura delicada, esta mujer. La esposa de alguien probablemente. Su misión, tal como la entendía, era inspirar coraje en los corazones desfallecidos. Y cuando eligió al mío me sentí menos halagado por su preferencia que asombrado por su intuición. ¿Cómo supo

hacerlo? Se detuvo en la cubierta superior, con la roja llamarada de la batalla bañando su hermoso rostro y el destello de mil rifles reflejados en sus ojos, y exhibiendo una pequeña pistola ebúrnea me dijo en una frase punteada por el rugido de los grandes cañones que si sucedía lo peor ella cumpliría su deber como un hombre. Me siento orgulloso de recordar que me quité el sombrero ante esta pequeña tonta”» (citado por Richard O’Connor: *Ambrose Bierce: A Biography*, 1967).

Para Bierce, la guerra y sus horrores potencializaron su vida, tal vez ayudaron a encauzar una íntima necesidad de aventura y de rebeldía. Leyendo sus *Cuentos de soldados y civiles* se advierte precisamente ese doble movimiento, de fascinación y de rechazo, ante el horror de la muerte y de los cadáveres y ante la heroicidad admirable aunque idiota de los hombres. O’Connor señala en su biografía: «En otra guerra, Bierce hubiera sido uno de esos soldados que dicen haber “encontrado un hogar en el ejército”. Las privaciones no eran nada comparadas con las vicisitudes y el riesgo de la vida militar. Sus días en Warsaw parecían insoportablemente monótonos y predecibles en comparación. Él era, entonces y siempre, un romántico cabal, un aventurero, para quien la muerte y el peligro constituían la sal de la vida. Había un elemento de bandido en su carácter; más tarde se manifestó en llevar una pistola cargada en las calles mun-

danas y en su prontitud para motivar o aceptar desafíos a duelo. Hasta el fin buscaría la vida inquieta».

Al terminar la guerra civil, Bierce continuó de algún modo trabajando para la Unión, encargado de pesquisar las desapariciones del algodón confiscado a los confederados, peligrosa tarea que lo obligaba a internarse en el mismo Sur. Sobre este período de su vida escribió un ensayo: «Hacia Alabama», así como recogería el siguiente en «A través de las llanuras». Efectivamente, hacia el verano de 1866 fue nombrado capitán, y con su admirable Hazen emprendió una expedición por el Lejano Oeste hasta San Francisco, atravesando regiones indígenas. En aquella ciudad, al fin, Bierce enclavó real y simbólicamente su vida y su profesión periodística. Allí abandonó para siempre la carrera militar, a los veinticuatro años; allí volvió a encontrar a su hermano Albert; allí también llegó a conocer a James T. Watkins, quien lo introdujo a una literatura que sería para él de catálisis: Voltaire, Thackeray, Swift, Poe.

Era el año de 1866. De allí en adelante, durante treinta años, escribiría en los periódicos californianos. Treinta años que fueron tiempo suficiente para convertirse, desde su tribuna, en el terror local, haciendo uso de un espíritu mordiente, de los más sarcásticos y duros que registra la historia de la cultura norteamericana. A través de algunas de sus prácticas favoritas —como «corregir» los errores de gramática y lógica de

sus adversarios—, se reveló un rasgo muy acentuado de su personalidad: el creerse (o saberse) muy superior al hombre medio de la vida periodística y cultural, y el instaurarse, en consecuencia, árbitro —no mero crítico— de la literatura y de las costumbres de su época. Según Van Wick Brooks, Bierce hablaba de sí mismo como de un Titán rodeado de pigmeos. Mantuvo esta actitud soberbia y paternalista hasta el fin de su vida, cuando en la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX su megalomanía encontró pábulo en una pléyade de fervientes admiradores y discípulos, entre los más brillantes de los cuales se contaban George Sterling y Edwin Markham.

Una anécdota marginal revela con suficiente vigor su intemperancia. Markham había publicado en el *Examiner*, sin el apadrinamiento de Bierce y logrando un estruendoso éxito de crítica y de lectores, su poema «The Man with the Hoe». Aquella actitud provocó en el maestro las sagradas furias, y, rechazando el carácter social y popular del poema, lo juzgó «monótono», «inelegante», fruto de la «filosofía de un aldeano». Sea esto índice de sus reacciones cuando no sabía distinguir entre débiles y poderosos, amigos y enemigos, lo justo y la injusticia. El propio George Sterling, fiel hasta el final, diría años después: «Uno no podía tener otro dios que no fuera él, y, aunque pudiera ocultar su enojo ante cualquier *lèse majesté*, registraba, sin embargo, la ofensa en su infalible memoria para usar-

la como el arma de su cólera cuando sobrevení­a el rompimiento final, como sobrevino prácticamente con todos sus amigos».

Su espíritu disidente, aunque tantas veces arbitrario, no puede ser menos admirado, si bien también a veces aborrecido. Higienizó en buen grado —sin caer en el soborno— la mezquindad californiana, denunciándola quienquiera que fuese el destinatario de sus dardos. Ésta fue la práctica que llevó consigo e incluso perfeccionó en Londres, cuando viajó en 1872. Sus dolencias asmáticas y una vida errante casi desde la infancia —tal vez causada por la misma enfermedad— lo había condenado a peregrinar de pueblo en pueblo, viviendo esporádicamente en uno y otro, hasta que en San Rafael conoció a Ellen May Day. Con ella se casó el 8 de diciembre de 1871, y al año siguiente, gracias a la dote, intentó seguir igual suerte que Harte, Twain y muchos otros escritores en Europa: la conquista de la fama.

Cuando regresó a los Estados Unidos cuatro años después, traía el seudónimo *Bitter Bierce*, tras un período de trabajo periodístico en Londres. Traía también dos hijos —Day y Leight— y una hija —Helen—, quien motivó finalmente su retorno al nacer en tierra americana algunos meses después de haber vuelto su mujer. Y trajo, asimismo, sus primeros libros, que recogían buena parte de su acerba producción periodística: *La alegría del demonio*, *Oro y polvo*, *Telarañas de una calavera vacía*.

Si sus compañeros de *Fun* comenzaron a llamarlo *Bitter Bierce*, vuelto a San Francisco y trabajando para Hearst, continuó aguzando su santa amargura, en plena justificación de su apodo. Sobrevino otra vez el terror verbal que, como la muerte manriqueña, no distingue entre explotados y magnates. Sobre dos de estos últimos (a modo de ejemplo), la historia menuda recoge algunos hechos característicos: a Leland Stanford lo llamaba Leland Stanford o Stealand Landford (*steal*: robar). Y alguna vez también declaró: «Las peores líneas férreas sobre la costa del Pacífico son las que opera la Southern Pacific Company... Debe al gobierno más millones que vanidades tiene Leland Stanford, y pagará menos centavos que virtudes tiene Collis H. Huntington».

★ ★ ★

Hasta su desaparición en la Revolución Mexicana, en 1914, la vida de Bierce fue el mediocre peregrinaje con una corte de numerosos acólitos —hombres y mujeres—, tampoco muy constante. Las uñas del viejo tigre fueron desgastándose, y en su columna llegó a comentar, sin el ardor primigenio, doctrinas y problemas económicos cuyo conocimiento no dominaba. De 1909 a 1912 reunió y publicó lo que muy pocos escritores norteamericanos tendrían la suerte de lograr en vida: su *Opera Omnia* en trece volúmenes atesta-

dos en su mayoría del farragoso, transitorio y efímero trabajo periodístico de toda su existencia. Tal vez al ver delante de él aquel ciclo completo, aparente o evidentemente clausurado; al sentirse ya viejo, como dio a entender a sus amigos, y cansado para seguir produciendo, no estaba lejos de las palabras de Baudelaire: «Quand notre coeur a fait une fois sa vendange, vivre est un mal».

Algunos aseguran que entonces comenzó a pensar en la Revolución Mexicana como un macabro enamoramiento de la muerte. Resurgían en ella sus años de la guerra civil, que nunca abandonó en sus cuentos, y algo de esto debió de ser cierto por cuanto antes de internarse en territorio mexicano visitó los lugares en que había combatido y vivido: Shiloh, Stone River, Chickamauga, Kenesaw Mountain, Franklin, Nashville, New Orleans, etcétera, a medida que se acercaba a Laredo y El Paso. Sus últimas noticias datan de diciembre de 1913 o de enero del año siguiente. Tenía setenta y un años, y en una de sus últimas cartas dice: «Soy tan viejo que me avergüenza vivir todavía». También (a Lora, la mujer de su sobrino): «Si oyeras que me han puesto ante un paredón mexicano y me han fusilado hasta la desfiguración, piensa por favor que es una bonita manera de despedirse de esta vida. Evita la vejez, la enfermedad o la caída por la escalera del sótano. Ser un gringo en México, ah, esto es eutanasia».

Su biógrafo Richard O'Connor ha recogido algunos elementos de esta partida y de esta desaparición. «Muchas personas, al reconstruir después sus últimas palabras dirigidas a ellos, deben haberse preguntado: ¿Intentaba él decirnos algo? Tal vez. “¿Por que”, señalaba a su hija, “debería quedarme yo en un país que está en las vísperas de la prohibición y del sufragio femenino? En América ya no puedes ir al este o al oeste o al norte. La única senda de escape es el sur... Llevaré conmigo algunas cartas (de presentación) y pasaré la frontera cerca de El Paso. Será bastante fácil hacerlo. Voy a comprar un burro y contrataré a un peón. No sé qué haré; tal vez escribir algunos artículos sobre la situación, y después pasar hacia la costa oeste de México. Desde ahí ir a Sudamérica, cruzar los Andes y embarcarme hacia Inglaterra. Esta guerra en México me interesa. Quiero ir allí y ver si estos mexicanos disparan bien”».

En una entrevista realizada en Nueva Orleans el 24 de octubre de 1913, Bierce señala: «No tengo familia que cuidar; me he retirado del oficio de escritor y quiero descansar. No, mi viaje no responde a una búsqueda de “color local”. Me he retirado como se retira un comerciante o un hombre de negocios... Pero tal vez después de descansar pueda aún trabajar algo más. No podría decirlo, tantas son las cosas que pueden suceder entre este momento y cuando vuelva». Según O'Connor, a fines de noviembre Bierce pasó



la frontera en Ciudad Juárez y viajó después a Chihuahua. Poseía credenciales como observador ante el ejército de Pancho Villa. Y llegó a Chihuahua el 16 de diciembre: precisamente ocho días antes las fuerzas villistas la habían tomado.

La prudencia y la verdadera ignorancia de los hechos subsiguientes obligan a detener aquí la historia de Ambrose Bierce. Resultó imposible siempre determinar dónde y en qué circunstancias encontró la muerte, si murió naturalmente o ante un paredón, como imaginaba, aunque su ficción a narrar «muertes violentas» nos predisponga a imaginar la suya de similar suerte. Varias leyendas se tejieron sobre esa tiniebla, pero ninguna logró penetrarla. Testimonios indecisos y contradictorios no pueden rescatarlo del anonimato en que desaparecieron miles de mexicanos y gringos en México. El otro misterio es la voluntad y el propósito de Bierce: ¿buscaba desaparecer? ¿Visitó los lugares de la guerra civil como un adiós seguro? ¿Es significativo que haya obviado en ese recorrido el hogar familiar en Indiana? Entre muchas de sus frases anticipadoras hay que anotar ésta: «Que vivas tanto como desees vivir, y que luego pases sonriendo a la oscuridad. A la buena, buena oscuridad».

En vida, como antes que él Poe, Bierce había combatido el realismo literario en sus formas pedestres. Con un énfasis que no llevó, sin embargo, estrictamente a la práctica, escribió en su célebre *Diccionario*

*del Diablo*: «Los tres principios esenciales del arte literario son: imaginación, imaginación e imaginación». Con estos principios abrió la veta —entreabierta ya por Poe— del régimen fantástico en las letras norteamericanas, utilizó la ironía social de la literatura inglesa y se consustanció con la novela gótica (debió conocer *El Monje*, de Lewis, pues reescribió una novela alemana, *El monje de Berchtesgaden*, de Richard Voss, cuyo personaje central —un monje torturado entre la fe y sus instintos carnales— se llamaba igual que el monje de Lewis y el propio Bierce: Ambrosius).

Ante todo esto, el extraño y subyugante carácter de sus *Cuentos de soldados y civiles* trasciende el mero realismo sin llegar a diferenciarse totalmente de los relatos que después escribiera Crane sobre la guerra de Secesión. Es de advertir así que un cuento como «Parker Adderson, filósofo» —un brillante diálogo sobre la muerte, entre un general y su prisionero— absorbe el tono de humor negro y paradoja del *Diccionario del Diablo*, como cuando en éste dice de la «vida»: «Vivimos en diario temor de perderla; cuando se la pierde, sin embargo, no se la echa de menos». Otra de sus líneas narrativas, en el mismo *memento mori* que es en realidad su obra entera, lo constituye el «realismo» sombrío de sus piezas sobre la guerra civil; de ella hay que destacar, entre otros, el cuento que siempre se ha coincidido en considerar el mejor de los suyos: «Un suceso en el puente sobre el río Owl». Aunque Bierce

alguna vez juzgó a Craner con evidente injusticia, éste fue de los primeros en advertir la rara perfección del relato: «Este cuento lo contiene todo –dijo–. No conozco ninguno mejor». Es que «Un suceso en el puente sobre el río Owl» relata una dolorosa ironía, seguramente simbólica, de lo que fueron su autor y su literatura entera.

JORGE RUFFINELLI

SOLDADOS

## UN JINETE EN EL CIELO

### 1

Cierta tarde de sol en el otoño de 1861, un soldado se encontraba tendido bajo un monte de laurel junto al camino, en el oeste de Virginia. Echado sobre el estómago, con la punta de los pies clavada en tierra y la cabeza apoyada en un antebrazo, empuñaba descuidadamente el rifle con su mano derecha. Salvo por la posición algo metódica de las piernas y un ligero movimiento de la cartuchera al dorso del cinto, se hubiera pensado que estaba muerto. Dormía, sin embargo, en el puesto de guardia. Pero de haber sido descubierto, muy poco después lo hubiese estado, ya que la muerte era el castigo justo y legal de su crimen.

El monte de laurel estaba ubicado en el recodo de un camino que, después de ascender hasta aquel lugar por una escarpada cuesta, se volvía abruptamente hacia el oeste, corriendo por la cumbre unas cien yardas. Desde allí regresaba de nuevo al sur y zigzagueaba monte abajo a través del bosque. En el saliente del segundo re-

codo había una gran roca lisa, proyectada hacia el norte, que dominaba el hondo valle desde donde subía el camino. La roca era el remate de un altísimo barranco: de arrojarle una piedra desde el borde, caería a pico más de mil pies hasta la copa de los pinos. El recodo donde estaba el soldado se encontraba en otro risco del mismo barranco. Si hubiese estado despierto habría visto no sólo el breve brazo del camino y la roca salidiza, sino el contorno entero del barranco allá abajo, pronto para enfermarlo de vértigo.

La región estaba cubierta de bosques, excepto en el fondo del valle, hacia el norte, donde un arroyo apenas visible desde el otro extremo surcaba una pequeña pradera natural. Este espacio parecía apenas más grande que un patio, pero en realidad medía varios acres. Su verdor era más vivo que el del bosque circundante, detrás del cual se levantaba una línea de gigantes barrancos similares a los que suponemos pisar en este examen del paisaje, y por el cual el camino había ascendido de algún modo hasta la cumbre. La forma del valle, en verdad, era tal que desde nuestro punto de observación parecía enteramente cerrado, y uno no podía menos que preguntarse cómo podía el camino, que había encontrado una salida, haber entrado. O de dónde venían y hacia dónde iban las aguas del arroyo que cruzaba la pradera más de mil pies allá abajo.

No hay región tan abrupta e inhóspita que los hombres no puedan hacer de ella el escenario de la

guerra. En el bosque, al fondo de aquella ratonera militar donde quinientos hombres que dominaran sus salidas podían hacer morir de hambre a un ejército, estaban escondidos cinco regimientos federales de infantería. Habían tenido una larga marcha durante el día y la noche, y ahora descansaban. Al anocheecer retomarían el camino, subiendo hasta el lugar en que dormía el desleal centinela, y bajando por la otra pendiente de la quebrada, cerca de la medianoche caerían sobre el campo enemigo. Su esperanza estaba puesta en la sorpresa, pues el camino llegaba hasta la retaguardia. En caso de fracasar, su posición sería en extremo peligrosa, y fracasarían inevitablemente si algún accidente o algún espía prevenía del movimiento de tropas al enemigo.

## 2

El centinela dormido en el monte de laurel era un joven virginiano llamado Carter Druse. Hijo único de una familia pudiente, había conocido tanto ocio y educación y buena vida como lo permitiera el refinamiento y la riqueza en una zona montañosa del oeste de Virginia. Su casa estaba a pocas millas de donde ahora se encontraba. Una mañana se había levantado de la mesa, después del desayuno, y había dicho, tranquila y gravemente:

—Padre, un regimiento de la Unión ha llegado a Grafton. Voy a unirme a él.

Su padre levantó la leonina testa, miró al muchacho un momento en silencio y respondió:

—Bien, márchese, señor, y pase lo que pase haga lo que considere su deber. Virginia, a quien traiciona, continuará sin su presencia. Si ambos llegamos vivos al final de la guerra, volveremos a hablar del asunto. La salud de su madre, como ya le ha informado el médico, es muy delicada: no estará con nosotros más que unas pocas semanas, como máximo; pero ese tiempo es precioso. Es preferible que no se la moleste.

De este modo, Carter Druse, inclinándose reverentemente ante su padre —quien respondió al saludo con una augusta cortesía que disimulaba su corazón partido— abandonó el hogar de su niñez para enrolarse. Por su conciencia y su coraje, por sus heroicos actos de devoción y osadía, pronto fue apreciado por sus camaradas y oficiales. Y, debido a estas cualidades y a algún conocimiento que tenía de la región, se lo había elegido para este peligroso deber en la extrema avanzada. Sin embargo, la fatiga había sido más fuerte que la voluntad y él se quedó dormido. ¿Quién podrá decir qué ángel, bueno o malo, vino luego en su sueño a despertarlo de su estado de culpa? Sin el menor ruido o movimiento, en el profundo silencio y la languidez del crepúsculo, algún mensajero invisible del destino presionó con sus dedos liberadores los ojos de



su conciencia, susurró en el oído de su espíritu la misteriosa palabra que tiene el don de despertar y que ningún labio humano pronunció nunca ni memoria alguna jamás ha recordado. Lentamente despegó la cabeza de sus brazos y miró por entre los encubridores tallos del laurel, apretando instintivamente la mano derecha sobre la caja del rifle.

La primera sensación fue un vivo deleite artístico. Sobre una colosal plataforma —el barranco—, inmóvil al borde de la roca saliente y nítidamente recortada contra el cielo, había una estatua ecuestre de impresionante dignidad. Era la figura del hombre montada sobre la del caballo, erguida y marcial pero con la calma de un dios griego tallado en el mármol que petrifica el movimiento. La vestimenta gris armonizaba con su fondo. El metal de su atavío y el jaez de su cabalgadura estaban mitigados por la sombra; la piel del corcel era opaca. Una carabina insólitamente acortada descansaba sobre el pomo de la silla, y se mantenía en su lugar gracias a la mano que la aferraba por el puño, mientras la otra, que mantenía las riendas, quedaba oculta. Recortado contra el cielo, el perfil del caballo parecía tallado con la agudeza de un camafeo. Miraba por sobre las alturas hacia los barrancos, más lejos. La cara del jinete, ligeramente desviada, mostraba apenas el contorno de la sien y de la barba: estaba observando el fondo del valle. Magnificada por su altura contra el cielo y por la sensación de horror que causaba en

el soldado la proximidad de un enemigo, la estatua parecía de un tamaño heroico, casi colosal.

Por un instante, Druse tuvo la extraña sensación de que había dormido hasta el fin de la guerra, y que ahora miraba una noble obra maestra erigida allí para conmemorar los hechos de un pasado heroico del que él había cumplido una cuota poco gloriosa. Pero un ligero movimiento del grupo rompió el hechizo: el caballo, sin mover las patas, había retrocedido ligeramente del borde del abismo; el hombre permanecía inmóvil como siempre. Despierto del todo y consciente de la gravedad del momento, Druse llevó la culata del rifle contra la mejilla, empujando cautelosamente el caño por entre los matorrales; amartilló el arma, y observando por la mira cubrió un punto vital en el pecho del jinete. Una presión sobre el gatillo y todo le hubiera ido bien a Carter Druse. En aquel instante, el jinete volvió su rostro y miró en la dirección de su oculto antagonista. Parecía estar examinando, a través del follaje, su cara, sus ojos, su corazón bravo y compasivo.

¿Es entonces tan terrible matar en la guerra a un enemigo, a un enemigo que ha sorprendido un secreto vital para la propia seguridad y la de sus camaradas, un enemigo más formidable por lo que sabe que todos los ejércitos por sus contingentes? Carter Druse palideció, le temblaron los brazos y las piernas, se desvaneció y vio el grupo estatuario delante de él como

figuras negras que se levantaban y caían o se agitaban inseguras en círculos por un cielo encendido. Sus manos soltaron el arma y la cabeza descendió con lentitud hasta descansar entre las hojas. Este temerario caballero y duro soldado estaba a punto de desmayarse por la intensidad de su emoción.

No fue por mucho tiempo; un momento después irguió la cabeza y las manos reasumieron su lugar en el rifle, mientras el índice buscaba el gatillo. La mente, el corazón y los ojos estaban claros; sólidos, el raciocinio y la conciencia. No podía pensar en capturar al enemigo, y de alarmarlo sólo lo haría precipitarse en su propio campamento con las noticias fatales. Su deber de soldado era sencillo: debía matar al hombre por sorpresa; debía enviarlo o saldar sus cuentas sin prevenirlo, sin un solo momento de preparación espiritual, sin una sola plegaria, nunca tan necesitada. ¡Pero no: hay una esperanza! Probablemente no ha descubierto nada, tal vez no hace otra cosa que admirar la solemnidad del paisaje. Si es posible, puede volverse y cabalgar indiferente en la dirección que trajo. Seguramente se podrá juzgar si sabe algo en el momento preciso en que se marche. Bien podría ser que la fijeza de su atención... Druse giró la cabeza y miró hacia abajo por las profundidades del aire, como desde la superficie al fondo de un mar transparente. Vio una sinuosa fila de hombres y caballos serpenteando a través de la verde pradera: ¡algún oficial estúpido había permitido que sus soldados

de escolta abrevaran los caballos en el claro, visible desde una docena de sitios en el barranco!

Druse apartó la vista del valle y la fijó otra vez sobre el conjunto de hombre y caballo en el cielo, y otra vez fue a través de la mira del rifle. Mas ahora apuntaba al caballo. En su memoria, como si se tratase de un mandato divino, sonaban las palabras de su padre en el momento de partir: «Pase lo que pase, haga lo que considere su deber». Ahora estaba tranquilo. Sus dientes apretados firmemente aunque sin rigidez, sus nervios tan calmos como los de una criatura dormida, ni siquiera un temblor afectaba los músculos de su cuerpo. La respiración, aunque contenida en el momento de apuntar, era regular y lenta. El deber había vencido. Y el espíritu había ordenado al cuerpo: «Silencio, quédate tranquilo». Disparó.

### 3

En espíritu de aventura o en busca de experiencia, un oficial de las fuerzas federales había abandonado el vivac escondido en el valle, caminando sin propósito determinado hasta el borde de un pequeño claro al pie del barranco. Pensaba en qué podría ganar de aventurarse más lejos en su exploración. A un cuarto de milla adelante, aunque aparentemente a un paso, se elevaba desde su franja de pinos la gigantesca mole,

remontándose a tan grande altura que le producía vértigo alzar la vista hasta su borde recortado en una aguda y áspera línea contra el cielo. La roca se presentaba con un perfil limpio, vertical, contra un fondo de cielo azul hasta casi la mitad, y de lejanas colinas, apenas más pálidas, desde allí hasta la copa de los árboles. Levantando los ojos hacia la vertiginosa cima, el oficial presenció una escena pasmosa: ¡un hombre a caballo, cabalgando valle abajo por el aire!

El jinete iba rígidamente erguido, firme su apoyo sobre la silla, y apretando con fuerza las riendas para contener la impetuosa precipitación de su corcel. En su cabeza descubierta flotaban ondulantes los cabellos muy largos, como un penacho. Las manos desaparecían en la nube de crin de su caballo. El cuerpo del animal iba tan horizontal como si cada golpe de sus cascos encontrase la resistencia de la tierra. Sus movimientos parecían de un galope desbocado, pero, apenas el oficial miró, cesaron, las patas del caballo estiradas hacia delante en el acto de caer de un salto. ¡Y aquello era un vuelo!

Presa de espanto y terror por esta aparición de un jinete en el cielo —casi creyéndose el escriba elegido de algún nuevo Apocalipsis—, el oficial fue superado por sus intensas emociones: sus piernas lo traicionaron y se fue al suelo. Casi simultáneamente oyó un estallido entre los árboles —un sonido que murió sin eco— y todo volvió al silencio.

El oficial se alzó sobre sus piernas, todavía temblorosas. El dolor familiar de una canilla dislocada le devolvió sus facultades. Esforzándose, corrió rápidamente desde el barranco hasta algún lugar lejos de su falda; allí esperaba encontrar a su hombre, y allí naturalmente fracasó. En la fugacidad de su visión, la aparente gracia, elegancia y designio del prodigioso hecho había influido tanto sobre su imaginación que no se le ocurrió pensar que la trayectoria de la caballería aérea había de ser directamente a pique y que podía encontrar los objetos de su búsqueda en el mismo fondo del barranco. Media hora después regresó al campamento.

El oficial no era tonto; demasiado discreto como para contar una verdad increíble, no dijo nada, pues, de lo que había visto. Pero, cuando el comandante le preguntó si en su reconocimiento había aprendido alguna cosa de provecho para la expedición, respondió:

—Sí, señor: que no hay ningún camino que baje al valle por el sur.

El comandante sonrió con discreción.

#### 4

Después de disparar su rifle, el soldado Carter Druse volvió a cargarlo y continuó vigilando. Habían transcurrido apenas diez minutos cuando un sargento se

le acercó cautelosamente, arrastrándose sobre manos y rodillas. Druse no volvió la cabeza ni lo miró; permaneció quieto, como si no lo hubiera notado.

—¿Usted disparó? —susurró el sargento.

—Sí.

—¿A qué?

—A un caballo. Estaba sobre aquella roca, allá lejos. Ya ve que no está. Se despeñó por el barranco.

La cara del hombre había palidecido, pero no mostraba signos de emoción. Después de contestar volvió los ojos y calló. El sargento no entendía.

—Escuche, Druse —dijo, tras un momento de silencio—, es inútil que haga de esto un enigma. Le ordeno dar parte. ¿Había alguien sobre el caballo?

—Sí.

—¿Bien...?

—Mi padre.

El sargento se levantó para marcharse. «¡Dios mío!», exclamó.